

Alice
Kellen



Otra vez
Tú



Serie Tú • 1

booket

Alice Kellen

Otra vez tú

Serie Tú 1

1

¡OTRA VEZ TÚ!

Elisa dejó tres mojitos en la mesa y parte del líquido, de color verde intenso, se derramó sobre la superficie de madera. Me giré para coger una servilleta y entonces advertí que, para los dueños de aquel local caribeño, unos tristes trozos de papel eran un lujo innecesario del que se debía prescindir.

Hannah arrugó su pequeña naricilla cuando rozó la húmeda copa con los dedos. Era raro verla en aquel ambiente, teniendo en cuenta que parecía un ser angelical e inocente recién caído del cielo; no sería una sorpresa que un día cualquiera brotasen unas alas algodonosas de su espalda. Presumiblemente, la hazaña más peligrosa que había realizado a lo largo de su vida había sido visitar a un amigo que residía en Brooklyn. Solía relatar aquel episodio cuando iba algo achispada, con los ojos brillantes de emoción, como si aquel día hubiese escapado de una banda de narcotraficantes armados con varias AK-47.

Sin embargo, aquello ocurrió años atrás. Con el paso del tiempo, las tres habíamos cambiado mucho y, a pesar de nuestras diferencias, seguíamos siendo grandes amigas. A decir verdad, estaba convencida de que el hecho de que fuésemos tan distintas era el verdadero secreto de nuestra duradera amistad. Hannah era dulce y delicada, pero nunca miraba a nadie por encima del hombro; Elisa era analítica y muy perfeccionista, pero siempre estaba dispuesta a tender la mano y a ceder cuando llegaba el momento adecuado; y en cuanto a mí, bueno, solían decir que era caótica y que estaba un poco chiflada, pero, en mi defensa, diré que me esforzaba para intentar mejorar y no terminar parloteando y divagando a la menor oportunidad. O eso me gustaba pensar.

Hacía dos días que habíamos llegado a Los Ángeles, California. Siempre había fantaseado con vivir allí en algún momento y, aunque mi trabajo en la editorial me lo impedía, pasar veinte días de vacaciones bajo el sol junto a mis dos mejores amigas superaba todas mis expectativas. A pesar de que tenía veintisiete años, durante los pocos días que llevábamos recorriendo la zona, me había sentido de nuevo como una quinceañera; en plan «viaje de amigas unidas», en plan «molamos mogollón», en plan..., bueno, supongo que pilláis lo que intento decir. La cuestión es que Elisa nos había propuesto hacer aquel viaje porque estaba muy nerviosa por su boda (que se celebraría en septiembre) y necesitaba tomarse un tiempo para sí misma antes de embarcarse en esa nueva etapa de su vida. Yo no había puesto ninguna objeción; al fin y al cabo, nada excepto mi trabajo me ataba a Nueva York y ya había planeado pasar las vacaciones tirada en la cama, comiendo helados y batidos de EJ's Luncheonette mientras volvía a

ver de forma compulsiva (y por cuarta vez consecutiva) la serie *Friends*.

Hannah había tenido que consultar con sus padres el plan de pasar las vacaciones en California, a pesar de que tenía nuestra misma edad y hacía siglos que se había independizado mudándose a un lujoso ático en una de las avenidas más transitadas de Nueva York. Supongo que tener unos controladores padres millonarios que te ingresaban al mes una cantidad de dinero considerable también tenía sus desventajas. Pero ¿qué digo?, en realidad los señores Smith eran billonarios con «b», o multimillonarios. En resumen: muy ricos, lo suficiente como para tirarte en la cama desnuda y lanzar billetes verdes al aire estilo escena cutre de película de sobre-mesa o quemar un par de fajos mientras te fumas un puro repantigada en una silla solo por el placer de ver arder lo que sea.

—Está un poco fuerte. —Hannah tosió y dejó el mojito sobre la mesa.

—¡No digas tonterías! —Elisa ondeó una mano en alto tras beberse casi la mitad de su copa de un trago—. Me encanta el toque mentolado.

Hannah arrugó nuevamente su diminuta nariz (era el único gesto carente de elegancia que se permitía hacer, a pesar de que su madre solía reprenderla por ello) y rebuscó en su bolso hasta sacar un folleto turístico y depositarlo con sumo cuidado delante de nosotras.

—He pensado que mañana podríamos ir a la playa. —Su uña, pintada de un brillante esmalte rosa, repiqueteó sobre la idílica imagen que anunciaba el folleto—. Al parecer, las que están enfrente de nuestro bungaló son algunas de las mejores de la zona.

—¡Sí, quiero tostarme al sol como si no hubiese un mañana! —exclamé.

—¡Ni hablar! Compraremos una sombrilla. —Hannah me miró fijamente—. ¿Sabes lo perjudicial que es el sol para la piel? ¿Quieres tener un montón de manchas en cuanto cumplas los treinta?

Suspiré mientras Elisa reía. Cuando su móvil comenzó a sonar, se disculpó explicando que era Colin y salió del local. En realidad, siempre era Colin, su maravilloso e increíble prometido. Elisa había tenido la suerte de tropezar con el único espécimen masculino decente que quedaba sobre la faz de la Tierra. Esperaba que procreasen pronto, expandiendo una nueva raza de hombres perfectos, aunque, cuando eso sucediese, los críos me llamarían «tía Emma» y yo tendría la piel repleta de manchas de color café por no haber seguido los consejos de mi amiga.

—¿En qué estás pensando? —Hannah se apartó con delicadeza algunos mechones de su sedoso cabello rubio.

«En los extraordinarios hijos que tendrán Elisa y Colin.»

Descarté admitirlo en voz alta.

—En que, si no quieres un mojito, puedo ir a pedirte otra cosa.

No hacía falta que Hannah dijese lo cohibida que se sentía en aquel local caribeño atestado de gente. Probablemente, su aventura en Brooklyn acababa de convertirse en una saga, cuya segunda parte se titulaba: «Peligro en un antro de mala muerte».

—¿Lo harías? —Abrió excesivamente sus ojos azules.

Asentí con la cabeza.

—¡Gracias, Emma! Tomaré un San Francisco.

—¡Genial! ¡Que sean dos!

Sacó la billetera de su bolso, pero denegué su ofrecimiento sacudiendo la mano en alto. Me terminé de un solo trago lo que quedaba de mi mojito y arrastré la silla hacia atrás para levantarme torpemente. Intenté avanzar entre el gentío. Y digo «intenté» porque jamás había estado en un pub similar, ni que se le pareciese de lejos. En Nueva York, los locales por las zonas que frecuentábamos solían ser sofisticados y podía asegurar que el noventa y nueve por ciento de los clientes iban vestidos. Ese detalle no parecía ser un requisito aquí.

Había numerosos chicos sin camiseta y chicas jóvenes en biquini. Las que no iban en bañador llevaban unos minúsculos pantaloncitos de tela vaquera o cinturones que usaban a modo de falda. Sonaba una música latina de fondo (no podía distinguir si era salsa, bachata o algo similar) y un sinfín de sudorosos cuerpos se movían al unísono, rozándose entre sí. El ambiente destilaba sexo. Era como si todos los clientes de ese bar llevasen escrito en la frente «Quiero tener una aventura esta noche».

Definitivamente, al lado de aquellas adolescentes desenfrenadas, ya no me sentía como una quinceañera, sino más bien como una anciana senil a punto de palmarla.

Mi fantasía juvenil acababa de ser aniquilada de un modo cruel.

Respiré hondo mientras apartaba de mi camino a otra chica medio desnuda y conseguía llegar hasta la barra. En eso consistía ese local, en tener que hacer malabarismos para poder pedir una copa. No, los camareros no se acercaban a tu mesa con una libretita y te atendían amablemente, eran los clientes quienes debían

lograr (no sé cómo, todo sea dicho) que uno de los bronceados camareros te prestase atención durante un segundo de su valiosísimo tiempo.

Mientras estaba en la barra, con los antebrazos apoyados sobre la superficie de madera oscura, me pregunté si Elisa habría terminado la conversación telefónica con su inmejorable novio. No estaba segura de que Hannah pudiese sobrevivir sola en aquel lugar durante más de cinco minutos seguidos.

—¿Qué te pongo, preciosa? —preguntó un camarero sin dejar de preparar alrededor de diez mojitos a un mismo tiempo, con los vasos sobre la barra formando una larga fila.

Lo miré asombrada. Es decir, tenía entendido que los hombres no podían hacer más de dos cosas a la vez, pero ese espécimen me estaba hablando... mientras movía las manos... ¡Guau! ¡Impresionante! Seguro que habría hecho un máster o algo similar.

—Dos San Francisco.

—En seguida —contestó al tiempo que cogía varios vasos más del estante.

Permanecí muy quieta, como si fuese una estatua de hielo, ajena a la marabunta de gente que saltaba y bailaba animada a mi espalda. ¿Desaparecerían todos si cerraba los ojos y contaba hasta diez?

Definitivamente no, dado que alguien me estaba tocando el trasero.

Me giré bruscamente y aparté la mano del intruso de un manotazo. Un chico joven, que tenía el cabello muy rubio, sonrió y se tambaleó hacia un lado sin dejar de mirarme.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tocarte el pander...

No pudo terminar de pronunciar su *elaborada excusa*, puesto que un desconocido se abalanzó sobre él y la espalda del joven chocó contra la barra de madera, volcando a su paso varias bebidas recién preparadas, antes de que lograra escabullirse y huir corriendo como si acabase de ver la muerte muy de cerca.

Me froté las manos, algo nerviosa.

—Oh, bueno, gracias, pero no era necesario ser tan...

Enmudecí cuando mi supuesto salvador alzó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Literalmente, dejé de respirar. Y estaba segura de que, a diferencia del chico que acababa de escapar, yo sí que moriría de un momento a otro, porque, hasta donde tengo entendido, los humanos necesitamos un corazón que funcione y oxígeno para seguir con vida y os aseguro que, cuando hace más de un año que no ves a tu exprometido y te lo encuentras de sopetón, no-puedes-seguir-respirando. Sobre todo, si él continúa mirándote fijamente con sus encantadores ojos azules y, pasados unos instantes, te dedica su sonrisa más irresistible. Y, creedme, es verdaderamente la más irresistible. Sé de primera mano que solía ensayarla frente al espejo, después de afeitarse por las mañanas, y que la utilizaba tanto en sus entrevistas de trabajo como para conseguir reservar mesa en los restaurantes más inaccesibles de Nueva York. Era un valor añadido al que recurría con frecuencia.

A mí también me hubiese parecido irresistible, si no fuese la sonrisa de una de las personas que más odiaba. Ni siquiera a los guionistas de *Perdidos* les guardaba un rencor semejante por ese cuestionable final de la serie.

Cuando Alex se movió acercándose más, mi cuerpo reaccionó de forma automática dando un paso atrás. Y

después otro paso más, otro y otro... hasta que mi espalda chocó con un taburete y me obligó a frenar. Fue entonces cuando me pregunté por qué estaba huyendo, cuando, según mi versión de la historia, era él «el malo malísimo».

—Los San Francisco ya estaban servidos, tendrá que pagarlos —exigió el camarero mientras limpiaba con un trapo el líquido que se había derramado por la barra.

—¿San Francisco para ti? —Alex me señaló y alzó una ceja en alto—. Bien. Yo pago. Pon otros dos. Y para mí un ron con cola —le dijo tras tenderle el dinero. Cuando el camarero se alejó, me escrutó de los pies a la cabeza sin molestarse en disimular—. No sabía que te gustase el San Francisco.

Puse los ojos en blanco y solté un bufido.

—Eso confirma mi teoría de que nunca supiste nada de mí. No lo suficiente, al menos. Ya sabes, lo que se llama quedarse muy «en la superficie» —parloteé y luego me mordí la lengua para obligarme a no decir nada más e intentar controlar la rabia que me sacudía.

Me di cuenta de que tenerlo enfrente me convertía en una asesina en potencia. Y también en la novia de Pinocho, porque lo cierto era que todavía no había probado ese cóctel, así que teóricamente no podía saber a ciencia cierta si me gustaba o no, pero una mentira tan insignificante no hacía daño a nadie. Existía tan solo un cincuenta por ciento de posibilidades de que tuviese razón y ese porcentaje me parecía más que suficiente.

Alex se giró mientras se guardaba la cartera en el bolsillo de los vaqueros y aproveché el momento para echarle un vistazo rápido. Seguía teniendo el pelo negro, brillante y despeinado y los ojos de un azul intenso

bajo unas pestañas largas. Vestía una camiseta de color gris oscuro que se ceñía a sus hombros y la única diferencia con el Alex que tan bien conocía era que el que tenía enfrente estaba más bronceado.

Bien. Tendría manchas en apenas un par de años. «Jódete, Alex. El sol actúa en consecuencia con el karma», pensé. Y una risa malévola sonó en mi cabeza, pero se extinguió en cuanto él advirtió que lo estaba mirando. Mierda.

—¿Qué estás haciendo aquí, Emma?

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Pasar el rato, supongo.

No era la mejor respuesta, dado que vivía en la otra punta del país. Pero tampoco era la mejor pregunta por su parte, teniendo en cuenta que la última vez que lo había visto él también residía en Nueva York. En concreto, en el apartamento que ambos compartíamos. ¿Qué hacía Alex allí? Ni idea. Pero me importaba entre cero y nada.

Alex rompió la escasa distancia que nos separaba y maldije interiormente al descubrir que utilizaba la misma atrayente fragancia que, tiempo atrás, conseguía volverme loca. Ese tipo de increíbles perfumes masculinos, que emanan testosterona sin ton ni son, deberían ser ilegales. Algún día escribiría un informe detallado sobre el daño irreversible que tales diabólicos aromas causan en las mujeres. ¿Existía en la Casa Blanca un buzón de sugerencias para aquellos ciudadanos que nos atrevíamos a alzar la voz?

—En serio, Emma —prosiguió y, ¡oh, maldita sea!, odiaba la encantadora manera que tenía de pronunciar mi nombre—. ¿Qué te trae por Los Ángeles?

—¿Por qué no me dices tú qué estás haciendo aquí?

Soltó una risita estúpida que me puso de los nervios.

—No, no me creerías. Además, tu maravilloso ego estallaría en mil pedazos.

«Mi maravilloso ego», dijo el Señor Orgullo Infinito. Oteé la barra del local esperando encontrar algo punzante. Quizá el tenedor que había más allá pudiese valer, a pesar de que estaba demasiado lejos y tendría que tumbarme encima de la barra para alcanzarlo. Eso dolería, ¿no? Y más si hacía diana en algún órgano vital.

—Estás peor de lo que recordaba —señalé.

—Puede, pero tengo razón. No podrías soportar que las cosas me fuesen bien, ¿verdad? —Se inclinó más hacia mí—. Porque, ya sabes, tal como solías repetir unas cuatrocientas veces al día, soy demasiado inconsciente e impulsivo como para ser constante en algo.

Era como un globo al que han hinchado demasiado, con el brillante plástico tirante y a punto de explotar con el mínimo roce. Y fue volver a mirarlo, perderme en esos labios entreabiertos que tantas veces me habían dado las buenas noches, y de repente, ¡pum! ¡A la mierda todo! ¡A la mierda!

—¡Sí, pero tenía razón! ¡No me equivoqué! —grité, perdiendo el control—. ¡Me lo demostraste claramente cuando huiste una semana antes de nuestra boda!

En ese momento pude salir de mi cuerpo, a modo de revelación espiritual, para verme a mí misma desde un punto de vista objetivo, montando una escena digna de la novia despechada que era. ¿Como en esas comedias románticas en las que la protagonista se

vuelve loca y suenan un montón de risas enlatadas de fondo? No, no es tan divertido en la realidad, pero, por suerte, aquel local era tan ruidoso que nadie más pareció oírme o prestarme atención. Alex pestañeó, haciéndose el sorprendido, como si acabase de descubrir que, oh, sí, me dejó plantada a escasos días de subir al maldito altar.

—¡Joder! ¿Tú te estás oyendo? ¡Me pediste que me marchara! —exclamó alzando los brazos. La vena en su cuello se tornó más visible; siempre empezaba a palpar furiosamente cuando se cabreaba—. ¡Dijiste que querías cancelar la boda!

—¡Dije muchas cosas a lo largo de nuestra relación y jamás me escuchaste! Pero, curiosamente, esa fue la primera y la última vez que hiciste lo que te pedí.

Cogí los dos San Francisco, que llevaban un buen rato sobre la barra, y di media vuelta dispuesta a fingir que no me había encontrado con Alex y que, en consonancia, todavía llevábamos un año y dos meses sin vernos. Era lo mejor. Eliminaría el recuerdo de los últimos veinte minutos de mi vida y seguiría adelante. No volvería a mirar atrás nunca, nunca, nunca.

Alex me cogió del brazo y me obligó a girarme hacia él.

El contacto de sus dedos sobre mi piel parecía quemar, como si mi cuerpo lo reconociese y reaccionase ante su recuerdo. Y estaba tan guapo... Y olía tan bien...

—¿De verdad no querías que me marchase? —preguntó casi en un susurro, mirándome fija e intensamente—. ¿No dijiste en serio lo de cancelar la boda?

Me debatí interiormente. Dado el trágico final de nuestra relación, no servía de mucho admitir ahora la

verdad. Era demasiado tarde para ese «nosotros» que casi llegamos a rozar con la punta de los dedos.

—Lo dije en serio, Alex —contesté tras un largo silencio—. Ya lo sabes, lo nuestro estaba... destrozado. Son cosas que pasan, imagino.

¿Por qué demonios sus dedos continuaban sobre mi brazo? Estaba casi segura de que moriría por combustión espontánea de un momento a otro. Como mínimo, había un treinta por ciento de posibilidades de que eso sucediese. Necesitaba alejarme de él.

—Vale, de acuerdo. —Nervioso, Alex se revolvió el cabello con la mano que tenía libre—. ¿Y qué estás haciendo aquí? Dímelo, por favor.

No sé si fue por el tono suave de su voz, por el hecho de que lo pidió «por favor» o porque su cercanía conseguía marearme, pero finalmente aflojé las riendas y noté que me ablandaba como mantequilla derretiéndose sobre una sartén. Ese era el horrible efecto que él tenía sobre mí. Derretirme. Tragué saliva despacio.

—He venido de vacaciones.

Entornó levemente los ojos.

—¿Con quién? —siseó.

—Con Elisa y Hannah.

Justo tal y como lo recordaba, sus labios se fruncieron en una mueca en cuanto pronuncié el nombre de mis dos mejores amigas. Porque, aunque para mí la razón era un misterio, Alex siempre las había detestado a las dos.

¿Lo más curioso de todo? Ellas lo adoraban.

O al menos lo hacían antes del episodio «novio a la fuga».

Sin embargo, él siempre había estado convencido

de que en el fondo lo odiaban cuando, en realidad, eso no era cierto. Y dado que Alex jamás cambiaba de opinión cuando una idea se incrustaba en su cabeza como una garrapata, con el paso del tiempo había dejado de intentar explicarle lo mucho que ambas lo apreciaban. Era inútil. Era como hablar con una maldita pared, con la excepción de que algunas paredes producen eco o tienen cañerías ruidosas y eso, al menos, puede considerarse una especie de respuesta.

—Así que de vacaciones... —repitió—. ¿Cuánto tiempo?

—Veinte días —contesté y, al hacerlo, me di cuenta de que quedaban dieciocho días, y ese tiempo me pareció una eternidad ahora que sabía que él estaría cerca.

—¿Y dónde te hospedas?

Ahí estaba el momento exacto en el que debía decir una frase brillante como «Alex, eso no es de tu incumbencia. Además, un latino de metro noventa me está esperando ahora mismo en la cama. Tengo que irme. Chao. Pásalo bien». Lanzar el típico beso al aire podía ser el perfecto toque final.

Sin embargo, dije:

—En el bungaló 47, al final de esta misma calle.

Él me mostró su famosa sonrisa irresistible, seguramente siendo consciente de que acababa de conseguir su propósito. Aunque algo tarde, pude recuperar la compostura.

—Lo siento, pero me están esperando las chicas...

—Alex apartó su mano de mi brazo y el frío que sentí me golpeó de súbito—. Espero que todo te vaya bien.

Asintió, sin murmurar ni una palabra, y yo seguí

mi camino, preguntándome por qué no dejaban de temblarme las piernas, por qué tenía ganas de llorar y por qué seguía doliéndome el corazón. Era sorprendente que la vida de una persona pudiese trastocarse desde los cimientos en apenas veinte miserables minutos.